

## La ruta

Zulema Ochoa  
Licenciatura en Lengua inglesa

Un cronopio subió al autobús color verde que a diario lo traía y llevaba. Su hora de entrada al trabajo era a las ocho y ya eran las siete noventa y nueve, pero no podía hacer nada, ya que no era dueño de su tiempo. A cuatro asientos de la puerta, le pidió permiso a una fama, quien a su lado había sentado una plantita con todo y su maceta. La fama le cedió el lugar y el cronopio se sentó mientras el camión iba en marcha.

Luego de parar en tres estaciones, al camión subió una esperanza en pena quien, tan pronto estuvo a bordo, comenzó a contar su triste historia. La pobrecita solicitaba a las personas bondadosas, los centavos sobrantes en sus bolsillos, no sin antes atreverse a deleitar a los presentes con una triste melodía.

Cabe destacar que esta pobre esperanza no era muy afinada y quizá un tanto amusia. Entonces el cronopio no pudo disimular la sonrisa que pronto se convirtió en una risa ahogada, de esas que quieren explotar en la garganta. No podía reírse de una esperanza en pena, pues por haber salido tarde, había olvidado su amuleto anti kármico que había comprado en un bazar. El cronopio estaba rojo, casi sudando y cuando pensó que no podía contener la risa por más tiempo, una brillante estrella fugaz en forma de idea atravesó su mente. El cronopio se levantó de su asiento y con una voz no más afinada, acompañó a aquella esperanza en pena.

La fama que estaba a su lado lo miró con sorpresa y se aferró a su planta, mientras que la multitud que se encontraba alrededor murmuraba y especulaba. Al final, la pobre esperanza logró obtener los centavos de las personas bondadosas y las que aparentaban serlo. Cuando salió por la puerta trasera, le hizo una seña con la cabeza al cronopio, a modo de agradecimiento. Entonces el cronopio suspiró con alivio y dejó escapar una risita burlona con tonalidades entre púrpura y morada, con pequeños vestigios de culpa que se perdían con el rugir del autobús mientras avanzaba. Retomó su lugar al lado de la fama, quien lo miraba con la ceja alzada y las manos firmes en la planta.

